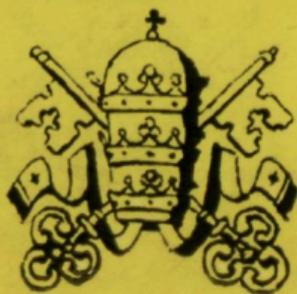


GABRIEL DE ARMAS

Tu es Petrus



LAS PALMAS, 1972

GABRIEL DE ARMAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANA
N.º Documento 79354
N.º Copia 777279

Tu es Petrus

*J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.*



LAS PALMAS, 1972



Tu es Petrus

"Te daré las llaves del reino de los cielos" Mt. XVI, 19.

Depósito Legal G. C. 547-VII 1972

Tipografía Marcelo, Perojo 41

A José Joaquín Alzola
con un abrazo

Patricio

Al Dr. D. Antonio Pildain, obispo dimisionario de Canarias, cuya constante episcopal fue su entrañable amor a la Iglesia, en el acatamiento, sumisión y obediencia a las orientaciones y normas del Pontífice Romano y de la Santa Sede.

SUMARIO

- Apartado I.—Festividad conjunta de San Pedro y San Pablo.—¿Dónde hallar la voluntad de Cristo?—A través de la Iglesia.
- Apartado II.—La Iglesia.— Fulton J. Sheen.— La voz de la Iglesia.
- Apartado III.—Cristo, como hombre, acabado psicólogo.— Su mensaje e interpretación.— Infalibilidad.— Magisterio ordinario.
- Apartado IV.—Sertillanges.— Concilio Vaticano II.— Encíclica "Ecclesiam suam", de Pablo VI.

Apartado V.—Pedro, fundamento de la Iglesia.— Una frase de San Ambrosio.— Lutero y los heresiarcas.— Tradición y Escrituras.— Cristo, tentado por Satanás con palabras de la Escritura.— San Agustín y el P. Cámara.

Apartado VI.—Cardenal Gomá.— El Caballo de Troya.— Palabras del Dr. Irurita, obispo mártir de la fe.— Luis Veuillot y el Pontificado.— Cardenal Ottaviani.— Una dura frase de Luis Bouyer.— San Pablo y los sembradores de herejías.

Apartado VII.—Reglas ignacianas para sentir con la Iglesia.— Papini y sus interpretaciones.— Constituciones ignacianas.— Cartas de San Ignacio.

Apartado VIII.—El Papa, Señor de toda la mies de Cristo.— ¿Qué pasa en la Compañía de Jesús?— Pablo VI y su alocución a la XXXI Congregación General de la Compañía.— Ejemplo de desacato, irreverencia y contestación en la V Semana de Teología celebrada en Deusto.

- Apartado IX.—Carta del P. Arrupe a los Jesuitas.— En la Compañía ya no se obedece al Papa.— Carta dramática de un jesuita.
- Apartado X.—Don Bosco y el Papa.—“Tu es Petrus”: el Papa sin personificaciones.— Ejemplo para el P. Arrupe.
- Apartado XI.—Las persecuciones religiosas de la segunda República española. Encíclica de Pío XI “Dilectissima nobis”.— Disolución de la Compañía de Jesús, por motivo del cuarto voto al Papa.— ¿Cómo ha podido suceder? Iglesia carismática y jurídica son inseparables. Humildad y obediencia en la Compañía, según San Ignacio.— Relajación y descomposición de algunas Ordenes religiosas.
- Apartado XII.—Pedro, Vicario de Cristo.— España, defensora del Pontificado.— Vázquez de Mella.— Las fuerzas de la subversión contra el Papado.— Paul Rassinier, un ateo defensor de un Papa atacado incluso por católicos.—

Lamentable ejemplo en una librería de la Acción Católica Española.— La revista "Ecclesia" y los ataques a Pío XII, precursores de la actual desobediencia masiva.

Apartado XIII.—El Pontificado, consuelo de los conversos.— Falso irenismo.— Chesterton.— El Dr. Expedito Schmidht.— Jacobo Olrik.— La lógica del catolicismo, el Papado.— El Dr. Karl Thieme.— Einar Berrum.— Owen Francis Dudley.— Paralización actual de las conversiones.— El Dr. Shaeffer.— El Cardenal Journet.

Apartado XIV.—El P. Peinador y su obra.— Crisis.— El Cardenal Bueno Monreal: Documentos de Pablo VI, poniendo remedio a la crisis doctrinal desatada en la Iglesia.

Apartado XV.—Un artículo de Ruiz del Castillo.— Jean Guitton.— Pablo VI y varias de sus homilias relativas al sacerdocio.— Esencia e inmutabilidad del ministerio sacerdotal.— Contumacia de

parte del clero católico de variar la esencia del sagrado ministerio.— ¿Nuevo perfil sacerdotal?— Cinco grandes encíclicas sobre el sacerdocio.— ¿Están ya derogadas?

Apartado XVI.—Los santos y Ernesto Hello.— La voz de San Antonio María Claret en el Vaticano I. Una magistral conferencia del P. Henri de Lubac.— "Tu es Petrus", apoteosis del Pontificado.

AL LECTOR

Aquí tienes, querido lector, un pequeño libro, escrito con Amor. Preveo que su lectura —es natural— habrá de provocar, como siempre, diversas reacciones y toma fundamental de posturas y actitudes. Yo, sin embargo, me voy a fijar, particularmente, en tres.

Primera.—Actitud de aquellos que, al terminar sus páginas, van a estar totalmente de acuerdo conmigo. Vaya a todos mi cordial saludo, seguido de un ruego patético: asistamos al Papa, fundamento de nuestra unidad. Nos guste o no, nos simpatice o no su persona, es la roca viva donde descansa el Cuerpo de Cristo. Sin el Pontificado la Iglesia caería, hecha añicos, a los pies del enemigo. Amémosle como "al dulce Cristo en la tierra". Obedezcamos, con prontitud, con diligencia, con dilección, sus mandatos

o simples orientaciones. Cultivemos, con esmero, el sentido de Iglesia.

Segunda.—Actitud de aquellos que, no obstante estar de acuerdo conmigo en lo fundamental, diferirán de mi lenguaje y de mis conceptos un tanto cortantes, a los que quizá tilden de poco caritativos en determinados pasajes de la obra que les ofrezco. Bien. Reconozco, ante todo, mi radical incapacidad para los eufemismos. Piensen estos queridos amigos que aun la caridad tiene un límite insalvable: la verdad. Existen verdades que hay que expresarlas como son. Si el Evangelio dice que Judas fue un ladrón, un traidor y un envidioso, es porque no encontró otros medios más adecuados para definir al personaje. Mucho me anima lo que el santo de la dulzura, maestro de periodistas, San Francisco de Sales afirma en su obra "Introducción a la vida devota" (Edit. Apost. de la Prensa. Madrid, 1968; pág. 190): "es caridad gritar ¡al lobo! cuando anda entre las ovejas, esté donde estuviere".

Donde estuviere. Este adverbio de lugar es muy importante. Porque hoy, precisamente hoy, el lobo se pasea, bien pimpante, por entre los recintos eclesiales, con reto sarcástico y gesto amenazador. Cuando él devora las ovejas, parece que nos complacemos en el silencio. Por el contrario, cuando alguien clama contra sus irrupciones vandálicas, los defensores se mul-

tiplican y se le mima como a víctima indefensa.

Yo me pregunto y pregunto a mis lectores: si los perros enmudecen, ¿no debemos imitar sus ladridos los simples gañanes del redil de Dios? Tiempos parecidos a los nuestros vivió la santa doctora Catalina de Siena. Y entonces dio una consigna valedera también para la actualidad: "¡Ay de mí, no puedo callar! Gritemos con cien mil lenguas. Creo que, por callar, el mundo está podrido..." (Carta al Cardenal de Ostia. Ferrer, I-85).

¡Por callar, el mundo está podrido!

Tercera.—Actitud de aquellos que, abiertamente, se pondrán contra mí, utilizando, sobre todo, la conspiración del silencio. A esos tales les recordaré, salvando siempre las distancias (el santo escribió por inspiración divina; yo por pura e imperfecta reflexión humana, pues sería estúpido por mi parte atribuirme algún carisma profético de esos de nuevo cuño), lo que San Luis María de Monfort advirtió respecto a su obrita "Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen":

"Preveo, claramente, que surgirán bestias terribles, que, furiosas, intentarán destrozarse con sus dientes diabólicos, este humilde escrito, y a aquél de quien el Espíritu Santo se sirvió para redactarlo; o al menos, pretenderán sepultar es-

tas páginas en las tinieblas y en el silencio de un cofre, a fin de que no aparezca jamás; y también atacarán y perseguirán a aquellos y aquellas que lo lean y lo pongan en práctica. Pero ¿qué importa? ¡Tanto mejor! Esta perspectiva me anima..." (n. 114).

Nada tan lejos de mí como sentirme profeta de desdichas. Reconozco que no soy optimista. Pero sé muy bien, por otra parte, que, como cristiano, debo superar cualquier clase de desaliento y abrir mi corazón a la esperanza, con la ilusión de ver, algún día, el grano dorado de las espigas dobles... Escrito este trabajo, llega a nosotros la extraordinaria alocución de Pablo VI el día 29 de junio, con motivo de la festividad de San Pedro y San Pablo.

Tras su despaciosa lectura, ¿tendremos que rectificar algo? Sinceramente, creo que no.

Pablo VI vuelve a distinguir el sacerdocio real del pueblo de Dios, al que estamos todos llamados, del sacerdocio ministerial, con sus facultades y prerrogativas propias. Afirma que es misión específica y característica del cristiano, "sacralizar" todas las cosas, incluso las temporales, y clama contra la ola de desacralización, secularización y profanidad que oprime hoy a las almas. Se queja de la sociología y de aque-

llos que la aplican con criterios naturalistas. Se lamenta de las defecciones masivas que se producen actualmente en la Iglesia de Cristo. Habla peyorativamente de los profetas-periodistas que envuelven en dudas e incertidumbre las mentes cristianas, y desvirtúan el Concilio con sus interpretaciones arbitrarias. Y nos previene contra el poder del demonio, cuyo humo ha logrado infiltrarse por alguna grieta de la Iglesia de Dios, para perturbarlo todo.

Meditemos sus palabras.

G. de A.

Cada 29 de junio celebramos los católicos la festividad conjunta de San Pedro y San Pablo. Pedro muere crucificado, por confesar a Cristo, sobre la colina Vaticana. Pablo, decapitado, por idéntico motivo, en la Vía Ostiense. Pero este día tiene también una particularidad entrañable y trascendente a la vez: es la conmemoración del primer Papa, de la piedra donde debe descansar, por expresa voluntad del Fundador, todo el edificio del Cuerpo Místico.

La Historia de la Iglesia, ante la que el propio Rousseau quedaba extasiado, se entrelaza, quiérase o no, con los anales de la herejía, de los errores y desvaríos que, a través de los siglos, ha ido elaborando la pobre mente humana en el aspecto religioso, cuando se ha apartado de la Verdad. Si no fuera trágico, sería para reir tanto despropósito, que llega a la meta de lo absurdo. Un breve repaso al "Pequeño diccionario de las Sectas Protestantes", de Crivelli, es tan aleccionador que nos ahorra cualquier comentario. Hace sólo unos años nos llegaba la

noticia, desde California, de que Ruth Saint Denis había fundado "La Iglesia del baile divino", donde la oración debería hacerse, por lo visto, a compás de rumbas, de ritmos negroides, selváticos, sensuales, voluptuosos y concupiscentes...

Como ahora —¡signos de los tiempos!— cierto clero católico comienza también a bailar (creo que en nuestra diócesis ha habido ya algún caso concreto), consecuencia lógica del capricho y arbitrariedad doctrinal en que vivimos, de la tremenda confusión en que estamos inmersos, hemos de reflexionar seriamente y preguntarnos:

¿Dónde hallar, con seguridad plena, la voluntad de Cristo? ¿Esa voluntad que compromete al cristiano en la obra santificadora de sí mismo y de los demás, para dar a la sociedad una configuración querida y deseada por Dios?

Pues bien; sólo es posible hallarla expresada en su Palabra eterna, a través de la Iglesia católica, "su vera Esposa" (1), que es el mismo Cristo vivo, histórico y glorioso, Palabra permanente de Dios, gran Sacramento, la Una, Santa,

1) San Ignacio de Loyola: "Obras Completas", publicadas por la B. A. C., 1962; pág. 235. Reglas para Sentir con la Iglesia.

Católica y Apostólica sociedad fundada e iniciada por el hijo de Dios vivo, Sagrado Depósito de la Revelación, que habla al mundo y hablará, hasta el fin de los tiempos, por su Magisterio jerárquico, con el derecho y el deber, a la vez, que le confieren las palabras de su glorioso Fundador: "El que a vosotros oye, a Mí me oye" (2).

— II —

La Iglesia es, pues, la plenitud de Cristo; es el Cristo completo; es su Palabra audible actualmente en la tierra. Como ha dicho Fulton J. Sheen, la Iglesia es "en el verdadero sentido de la palabra la prolongación de la Encarnación; es el nuevo Cuerpo que Cristo asume después de su Ascensión, con el que extenderá su reinado a través de los reinos de este mundo; es el nuevo instrumento viviente por medio del cual El enseña, gobierna y santifica; es su nueva naturaleza humana corporativa bajo el mandato de su Divina Persona, de cuya plenitud todos hemos recibido; es su plenitud sin la cual su vida no sería sino un recuerdo y su reinado solamente una palabra (3).

2) Lucas: X, 16.

3) Fulton J. Sheen: "Cuerpo Místico de Cristo". Editorial Difusión de Santiago de Chile; 1943; pág. 65.

Es decir; por la Iglesia y sólo por ella somos incorporados a la vida sobrenatural. A la participación de la vida divina, mediante la gracia, injertándonos en el Cuerpo Místico, que el Espíritu Santo mueve y perfecciona. Nos guste o no, así lo dispuso la economía salvífica del Redentor. Quien oye a la Iglesia, escucha la voz del Maestro Bueno. Quien la aborrece o la ignora voluntariamente, anda por errados caminos.

— III —

Ahora bien; Cristo, antes de subir al Cielo, constituyó un Magisterio infalible en su Iglesia, al que es necesario acatar, respetar y obedecer. ¿Cómo iba El, Príncipe de la Sabiduría, a dejar su acervo doctrinal de forma incontrolada, sin que fuera arropado por una auténtica interpretación? Cristo, como Dios, conoce a la perfección el corazón humano. Mas como hombre, hemos de convenir en que fue un acabado psicólogo, que penetró, con clarividente facilidad, en la intimidad de la conciencia ajena...

¿Es posible que dejara su mensaje a la libre hermenéutica de cada cual? ¿Qué quedaría, al fin y a la postre, de él? Cristo sabía mucho, incluso por ciencia experimental, de la triste y dramática veleidad de la masa: El había entrado el Domingo de Ramos, en Jerusalén, entre

hosannas triunfales; y el Viernes Santo oyó cómo gritaba la misma plebe, enronquecida, ante el pretorio de Pilatos: ¡reos es de muerte!

¡Infalibilidad! Inefable prerrogativa ésta que, por especial asistencia del Espíritu Santo, preserva a su Esposa de todo error en **materia de fe y moral**. Ciertamente que no siempre es infalible el Magisterio de la Iglesia, sino en determinadas ocasiones y en señaladas materias. Es decir; cuando el Papa habla "ex cathedra", a cuyo efecto se han de dar los cuatro requisitos siguientes:

A) Que hable como pastor y jefe supremo de toda la cristiandad.

B) Que se refiera a la fe y la moral cristiana.

C) Que dicte su doctrina como sentencia última y definitiva.

D) Que su intención sea la de obligar a toda la Iglesia.

Ahora bien; encíclicas, alocuciones y discursos del Papa, frutos todos ellos, sin duda, de su Magisterio ordinario, podrán no ser infalibles propiamente hablando; pero serán orientaciones siempre dignas de veneración para quienes ten-

gan o deseen tener verdadero "sentido de la Iglesia"; ese sentido que se va perdiendo, que en alta estima tuvieron los grandes santos, y del que nos hablan, expresamente, San Ignacio de Loyola, Santa Catalina de Siena y San Clemente María Offbauer (4).

No olvidemos, a este respecto, que, en definitiva, Magisterio ordinario y Magisterio infalible tienen un común origen: la palabra de Dios, aunque exista, sí, diferencia de grados en la obligatoriedad de ser obedecidos y acatados por los fieles.

Quizá nada ayude tanto a conseguir ese afinamiento del alma como el espíritu de oración y contemplación, hoy perdidos en la bulla de un mundo enloquecido y en permanente cambio.

La novedad viene, por regla general, envuelta en ruidos, que perturban la paz del alma. Los valores permanentes sufren así, la agresión continua de los medios ambientales, que se gozan en la destrucción.

Sin oración humilde y confiada el sentido de Iglesia se diluye forzosamente en el océano embravecido de la dispersión.

4) Gabriel de Armas: "Verbo", núm. 99 de 1971; pág. 939.

Oigamos, con amor, con respeto y cortesía, la voz del gran teólogo Sertillanges cuando nos adoctrina acerca del Magisterio infalible:

“La infalibilidad del grupo apostólico y del episcopado, su sucesor, es una infalibilidad confirmada: la de Pedro y del sucesor, el Papa, una infalibilidad confirmante. De manera que una decisión no es garantizada por las eficaces promesas del Salvador más que si se ha tomado en unión de Pedro y confirmada por él según las leyes de su propia misión. Lo que ha dicho el Concilio sin el Papa, o con mayor razón contra el Papa, es de absoluta nulidad; lo que ha dicho el Papa sin el Concilio es de suyo suficiente” (5).

Esta es la doctrina que nos enseña también el Concilio Vaticano II. Aunque hay quienes se empeñan en olvidarla. O, lo que es peor aún, tergiversarla, desorientando a los fieles con interpretaciones subjetivas, absolutamente caprichosas y, tal vez, llenas de perversas intenciones. En la Constitución “Lumen gentium” se nos advierte:

5) Sertillanges: “La Iglesia”. Editorial Difusión de Buenos Aires. Tomo II; pág. 236.

"El Colegio o Cuerpo de los obispos, por su parte, no tiene autoridad, a no ser que se considere en comunión con el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, como cabeza del mismo, quedando totalmente a salvo el poder primacial de éste sobre todos, tanto pastores como fieles. Porque el Romano Pontífice tiene sobre la Iglesia, en virtud de su cargo, es decir, como Vicario de Cristo, y Pastor de toda la Iglesia, plena, suprema y universal potestad, que puede siempre ejercer libremente" (6).

Es más. En el Decreto "Christus Dominus", sobre el oficio pastoral de los obispos, se repiten reiteradamente estos conceptos, sobre los cuales nadie puede alegar ignorancia (7).

Por otra parte, ya Pablo VI, en su encíclica "Ecclesiam suam" (6 de Agosto de 1964), siguiendo la doctrina tradicional sobre el Magisterio Pontificio, única verdadera, y, como tal, invariable, había escrito, con relación a determinados puntos doctrinales, las siguientes palabras muy bien matizadas:

-
- 6) Constitución "Lumen Gentiún", del C. Vaticano II (22).
 - 7) Decreto "Christus Dominus", del C. Vaticano II (léase todo él en cualquiera de sus muchas ediciones publicadas).

"De propósito nos abstenemos de pronunciar en esta encíclica sentencia alguna sobre los puntos doctrinales relativos a la Iglesia, los cuales se encuentran sometidos al Concilio en curso, que estamos llamados a presidir. Queremos dejar ahora a tan elevada y autorizada asamblea libertad de estudio y de palabra, reservando a nuestro apostólico oficio de maestro y de Pastor, puesto a la cabeza de la Iglesia de Dios, el momento de expresar nuestro juicio, contentísimos si podemos ofrecerlo en nuestra conformidad con el de los padres conciliares" (8).

Queda, por tanto, a salvo, clara y terminantemente, la Suprema autoridad del Pontífice Romano.

— V —

Efectivamente. Cristo fundamentó su Iglesia en Pedro: "Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella" (9). Y le ordenó además que confirmara a sus

8) Pablo VI: encíclica "Ecclesiam Suan". Colección *Ecclesia*, número 42, pág. 19 Año 1964.

9) Mateo: XVI, 18.

hermanos: "Mas ya he rogado por ti, a fin de que tu fe no perezca; y tú, cuando te conviertas y arrepientas, **confirma** en ella a tus hermanos" (10).

En la hora, pues de la tentación, y estamos en ella, hemos de recordar, una y mil veces, la frase lapidaria de San Ambrosio, compendio y síntesis de la significación del Pontificado en medio del pueblo de Dios: "Ubi Petrus, ibi Ecclesia" (11). Donde esté Pedro estará presente y viva la Iglesia. Donde no esté Pedro, Supremo Pastor de la grey, el rebaño se disgregará...

Esta misma frase de San Ambrosio, que indica su amor entrañable al Pontificado y la reverencia que le merecía al santo, la recuerda Pablo VI en la homilía al Episcopado Italiano, en la festividad de la Cátedra de San Pedro, pronunciada el día 22 de febrero de 1968 (12).

10) Lucas: XXII, 31-32.

11) San Ambrosio: citado por Fanfani en "Teología para seglares". Volumen I V. Ediciones Studium, Madrid, 1959; pág. 115.

12) Pablo VI: Homilía al Episcopado italiano, en la festividad de la Catedral de San Pedro, pronunciada el 22 de febrero de 1968. Ecclesia núm. 1380, de 2 de marzo de 1968.

¿Qué otra cosa hicieron Lutero y los grandes heresiarcas de la Historia, sino intentar la ruina del Pontificado, para luego demolar la Iglesia? ¿No se agrieta el edificio si los cimientos se remueven? ¿No se disgrega el rebaño si se hiere al Pastor? ¿Y no es acaso esto mismo lo que, a ojos vistas, está procurando realizar el modernismo actualizado, el progresismo pérfido, atrincherado en los propios productos eclesiales, movido, sin duda, por las consignas comunistas, bien concretas, y envenenadas, como siempre, de pasionales odios?

No dijo Cristo, no, quien lea las Escrituras a Mí me oye. Tampoco dijo a los Apóstoles: id y escribid. Dijo imperativamente: Quien a vosotros escucha, a mí me escucha... Id y predicad. Es decir: el que oye a los Apóstoles y sus sucesores, que son los obispos **confirmados** por el Papa y en **comunión** con él. Sepamos decir valientemente y a cara descubierta que, al católico, las Escrituras, han de hablarle siempre a través del Magisterio eclesiástico, del Magisterio auténtico y autenticador de la Palabra Sagrada. El libre examen, la interpretación subjetiva, inmanentista, de los textos sagrados la inventó el gran charlatán de Lutero para crear un subproducto, el protestantismo, y derruir precisamente la Iglesia jerárquica instituída por Cristo. Por eso grita, con desgarrado acento:

"¡Abajo todos los poderes humanos! ¡Abajo el Papa y abajo los concilios! La escritura, ella sola, interpretada por el espíritu que vive en mi corazón: esto es lo que funda mi creencia" (13).

Bueno será no olvidar, a todos los efectos, que Satanás, para tentar a Cristo, tras los cuarenta días de ayuno en el desierto, adujo palabras de la Escritura. La Escritura, pues, puede muy bien ser torcidamente interpretada por Satanás y por sus secuaces para perdición de las almas. De ahí el peligro del libre examen, que la vacía de su verdadero contenido, convirtiéndola en fuente de confusión y de inminentes daños espirituales. El concilio de Trento, hoy tan combatido por sacerdotes y religiosos perjuros, quiso cortar estos abusos con normas positivas sobre la lectura de los Libros Sagrados. Hoy, desgraciadamente, existen síntomas alarmantes: se publican Biblias, denominadas católicas, con comentarios de verdaderos indocumentados, de ignorantes, de osados traidores, que siembran el error y la confusión más espantosa en el alma de los fieles.

Y bien. Lutero, con ese grito desgarrado que hemos esgrimido, resumen de su doctrina abierta a todos los errores posibles, quiso olvidar, sin

13) Feliu, Ricardo: "Lutero en España y América". Ediciones Aldecoa - Burgos; 1956; Pág. 187.

duda alguna, lo que siglos antes de su nefasta rebelión había escrito su maestro el gran San Agustín, Obispo de Hipona, inspirador de la propia Orden religiosa en la que se formó el herejarca: "Ni aún al Evangelio creería yo, de no moverme a ello la autoridad de la Iglesia (14).

El P. Cámara, en su magnífica obra "Contestación a Draper" (Valladolid. 1879; páginas 83-84) invoca esta cita de San Agustín con el siguiente comentario: "Pero donde patentiza su vista de águila y ojo certero, donde descubre S. Agustín su clarísimo ingenio y se echa de ver que entendía la verdad de la Iglesia y el orden admirable y firmísimo establecido por el divino fundador; no es sólo en poner los santos libros sobre la vacilante y flaca razón humana, como pudiera hacer cualquier hombre cuerdo; está en su para siempre inmortal **Habló el Papa, se concluyó la cuestión.** Escrituras, por sagradas que sean, sin un maestro viviente que las declare; consultas a la Iglesia y consentimiento de los pueblos cristianos, sin una última palabra infalible; un **Papa de papel**, como se ha llamado a la Biblia protestante; quien eso admita, ni concibe el orden admirable, ni conoce la firmeza de la unidad incontrastable de la Esposa de Jesucristo".

14) San Agustín: Serm. 131 de ver-bis Evang. Joan. n. 10. t. 5, p. 645.

La autoridad de la Iglesia y su Magisterio infalible: he aquí la Palabra de Cristo, sal de la tierra (15), para preservar intacta su doctrina y pura e inmarcesible su Verdad.

— VI —

Oigamos, en esta hora de tinieblas, de turbaciones, de perplejidades, de hondas zozobras, las justas palabras del insigne Cardenal Gomá:

"Por el Papa se mantienen los vínculos de la verdad y de la caridad que juntan a los hombres por la inteligencia y la voluntad y forman de ellos la gran familia cristiana, de la que es Padre. Sin el Papa se rompería la unidad de pensamiento, y con la pulverización del pensamiento vendría la de los corazones..." (16).

15) Mateo: V. 13-14.

16) Gomá y Tomás, Isidro: "Antilaicismo". Casulleras, editor. Barcelona, 1935. Tomo I.; pág. 68-69.

Ojalá esta frase nos sirva de admonición y advertencia. Permanezcamos alerta. Los actuales momentos son de duda, de turbiedad y angustia, pese a los cantos de sirenas de tanto sonriente carismático, flamantes pregoneros del papanatismo... El extraordinario filósofo Dietrich von Hildebrand ha publicado una obra equilibrada con un sugestivo título, que es toda una meditación: "El caballo de Troya en la Ciudad de Dios". El enemigo, desde dentro, con más vigor que nunca, siembra la desazón y la inseguridad en el ánimo de los fieles. Y combate al Pontificado con las armas de siempre; pero con más depurada técnica en el refinamiento del desprestigio, la calumnia, el descrédito, la injuria y la murmuración... Si nosotros, católicos, unimos nuestras voces, nuestras desconfianzas y suspicacias a las suyas, nos convertimos en cómplices y colaboradores. Por otra parte, es lo que ellos desean e intentan por todos los medios. El comunismo ateo no quiere víctimas en la lucha empeñada contra la Iglesia: ha comprobado que es mucho más efectivo hacer apóstatas. Y estamos ya al borde de la apostasía, decepcionados por tanto cura-marioneta; peones de la impiedad; servidores de los pioneros de la muerte de Dios, que tuvo en la locura de Nietzsche su primer vocero...

Recordemos las palabras de un Obispo Mártir, el Dr. D. Manuel Irurita, víctima del comunismo ateo, en la España de 1936, en una pasto-

ral sobre la obediencia que debemos a la Cátedra de Pedro:

"Todas las cátedras permanecen en pie; los maestros que desde ellas explican las diversas disciplinas del saber humano, son escuchados con respeto y sus enseñanzas aceptadas con agrado. Los grandes principios de las ciencias y de las artes no han sido demolidos por el ariete de la Revolución. Mientras tanto, la Cátedra de Roma, no merece ningún respeto; y, en nombre de la libertad, que respeta los demás magisterios, es rechazado el magisterio de la Iglesia católica. Sin embargo, ese magisterio es el único auténtico, instituido inmediatamente por Dios, y las verdades que enseña, son las únicas reveladas inmediatamente por Dios; y ese magisterio y esas verdades tienen a su favor el testimonio de veinte siglos, en que la filosofía y la ciencia verdadera, el poder, la santidad y el heroísmo, han buscado en Roma la luz, que orienta y vivifica; y ese magisterio con sus verdades augustas es la gran limosna, que Dios misericordioso ha hecho a la humanidad indigente, para saciar su hambre de verdad y felicidad, para conducirla del desierto a la patria celestial" (17).

17) Irurita, Manuel: "Pástorales". Edición homenaje. Editorial Vilamala. Barcelona, 1932; pág. 94.

Tengamos bien presente, con Luis Veuillot, que "el Pontificado será el instrumento de Dios para la reedificación de la sociedad" (18). Y meditemos, con recogimiento, con unción religiosa, sin reticencias, sin recelos, con fe y esperanza, lo que ha dejado escrito, para edificación de todos los miembros del Cuerpo Místico, el perseguido y denigrado Cardenal Ottaviani, blanco de los odios del progresismo demoledor:

"Los fieles están totalmente tranquilos: hay en la tierra un hombre, el cual responde de la verdad de Dios entre los hombres: hay uno entre los hermanos el cual propone con autoridad irrefutable la palabra del Padre. Dios está entre nosotros en la palabra de su Vicario... Cualquiera dolor, desgracia, tinieblas, persecución, no es nada, si poseemos la certeza de que entre los hombres existe y existirá siempre un hombre, en el cual la luz de la verdad eterna no se extinguirá jamás. Oscura es para nosotros la noche del mundo, pero no carece nunca de una estrella: el Papa" (19).

-
- 18) Veuillot, Luis: "Refutación de algunos errores sobre el Pontificado". Madrid, 1859; pág. 263.
- 19) Ottaviani, Alfredo: "El Baluarte". Publicaciones Cruzado Español. Barcelona, 1962; pág. 107-109.

¡La estrella del Papado! Esa es la que Satanás pretende extinguir en esta hora babélica, para ensanchar hasta el límite máximo las fronteras de su reino de tinieblas. Nada mejor para el logro de este fin, que valerse de la defección y el perjurio de los nuevos curas, agentes directos o indirectos de la Revolución.

¿Quiénes de ellos comentan, en sus casi siempre estúpidas, así, estúpidas, homilias dominicales, soporíferas y ramplonas, la palabra del Papa? Muy pocos. Con toda razón ha podido escribir Louis Bouyer, que no es ningún **integrista**, en su obra "La descomposición del Catolicismo", la siguiente frase, tan dura como acertada:

"De esta manera los seculares se ven entregados, atados de pies y manos, a la arbitrariedad de los clérigos: ni siquiera pueden ya esperar de ellos la oración de la Iglesia, sino escasamente un mitin de propaganda huera, al que se les intima que aporten su contribución entusiasta berreando cantinelas insípidas a guisa de aclamaciones" (20).

Es, pues, de absoluta necesidad que estemos, cada día, más prevenidos contra las voces

20) Luis Bouyer: "La descomposición del catolicismo". Herder, 1970, Barcelona; pág. 39.

desacralizadoras que nos llegan desde el altar. Olvidadas, conscientemente, de las enseñanzas que imparte, desde la más alta Cátedra, el Magisterio Supremo de la Iglesia. Ya San Pablo nos lo advirtió descarnadamente:

"Pero aun cuando nosotros mismos, o un ángel del cielo (si posible fuese) os predique un Evangelio diferente del que nosotros os hemos anunciado, sea anatema. Os lo he dicho y os lo repito: Cualquiera que os anuncie un Evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema" (21).

Hay quien siente náuseas ante el "Tu es Petrus". Son náuseas de resentimientos contra la palabra de Cristo. No lo olvidemos.

— VII —

La devoción al Papa fue siempre signo peculiar del catolicismo español. San Ignacio de Loyola dictó normas preciosas para sentir con la Iglesia. En su regla número 13, dice:

21) San Pablo: Gálatas, I, 8-9.

"Debemos tener siempre para en todo acertar, que lo blanco que yo veó, creer que es negro, si la Iglesia hierárchica así lo determina, creyendo que entre Christo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas, porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dio los diez Mandamientos, es regida y gobernada nuestra santa madre Iglesia" (22).

El gran Papini, con sus extremosas genialidades, pero con su bien afinado escalpelo, comenta esta norma ignaciana con las siguientes palabras, llenas de lógica:

"San Ignacio, en una forma meditada y forzosamente paradógica, quiso recalcar la necesidad de la sumisión a la jerarquía; la libertad del hombre queda siempre a salvo, porque libremente cada uno de nosotros adopta el catolicismo; pero una vez adoptado con plena y segura consciencia, debemos honradamente aceptar todas sus consecuencias. Si a cada uno, fiel o fraile, le fuera permitido tener por blanco lo

22) San Ignacio: Obras Completas, ya citadas; pág. 237.

que la Iglesia define como negro, adiós disciplina, adiós orden, adiós unidad; es decir, adiós Iglesia" (23).

Pero es más. San Ignacio, en la hora crucial de las indisciplinas luteranas, de la exaltación antipapista, de la anarquía religiosa, de las grandes defecciones del siglo XVI, originadas, en parte, por la paganización de costumbres, que buscaba justificación en determinadas ideologías renacentistas, **impone** a los profesos de la Compañía, por él fundada, el famoso cuarto voto al Papa.

Así, en el Capítulo 1º, artículo 5º, de las Constituciones, se dispone:

"Así mismo la Compañía Professa sin los tres dichos (pobreza, obediencia y castidad) hace voto expreso al Sumo Pontífice, como a Vicario que es o fuere de Cristo nuestro Señor, para ir donde quiera que su Santidad le mandare entre fieles o entre infieles, sin excusación y sin demandar viático alguno, para cosas que conciernen el culto divino y bien de la religión cristiana" (24).

23) Papini, Giovanni: "Los operarios de la viña". Fax, Madrid, 1942; pág. 64.

24) San Ignacio: Obras Completas; pág. 371.

Volvamos al eminente literato y escritor florentino, Giovanni Papini, y a sus jugosos comentarios:

"... en el mismo año 1534 en que Lutero, aparentemente vencedor, publicaba su famosa **Biblia** en alemán vulgar —la cual fue vehículo y auxilio poderoso en la Reforma—, en una pequeña Iglesia de Montmartre, en los alrededores de París, San Ignacio, juntamente con seis compañeros, hacía voto solemne de ponerse a las órdenes del Papa y creaba de este modo el primer grupo de la legión antiprotestante" (25).

El 23 de Noviembre de 1538, Ignacio escribe al portugués Diego de Gouvea, desde Roma, una carta acerca de la confianza que la Compañía ha depositado en el Papa. ¡Qué admirables frases y cuánta actualidad han cobrado en estos momentos en que, de forma abierta o subrepticia, se combate al Pontificado por el progresismo alevoso y pérfido!

He aquí sus palabras: "Nosotros, todos cuantos coligados en esta Compañía estamos, nos hemos ofrecido al Sumo Pontífice, por cuanto es el Señor de toda la mies de Cristo; y en esta oblación le significamos, estar preparados a todo cuanto de nosotros, en Cristo, dispusiere; de modo que si él nos envía adonde vos nos lla-

25) Giovanni Papini: *Ibidem*; pág. 63.

máis, gozosos iremos. La causa de esta nuestra resolución, que nos sujeta a su juicio y voluntad, fue entender que él tiene mayor conocimiento de lo que conviene al universo cristianismo" (26).

— VIII —

El Papa, para San Ignacio, según hemos transcrito, es el **Señor de toda la mies de Cristo**. Bella y enjundiosa expresión, que pone de relieve su inmenso amor al Pontificado.

¿Cómo cumplen hoy los jesuitas este mandato imperativo, por Constituciones y por Reglas, de su santo fundador? Unos, quizá los menos, siguen fieles a la línea trazada. Otros, probablemente los más, que ni cumplen Reglas, ni votos, ni nada quieren saber de Constituciones, so pretexto de renovaciones conciliares, han acabado con la Compañía de Jesús, que ha quedado convertida en una grotesca caricatura de la Orden religiosa que en otro tiempo fue...

26) San Ignacio de Loyola: *Ibidem*; pág. 669.

¿Quién que sea católico de verdad y ame al Papa puede leer las revistas dirigidas hoy por los jesuitas, sin llenarse de indignación y de tristeza? Con los noviciados vacíos, las casas de formación en huelgas continuas y la falta de caridad más cruel de los que se llaman "modernos", pioneros del posconcilio, contra los que son tildados de inmovilistas, la Compañía de Jesús ha dejado de ser un ejército compacto al servicio de Cristo, para convertirse... ¿en qué?

Oigamos a Pablo VI, en su alocución a la XXXI Congregación General de la Compañía de Jesús, de 16 de Noviembre de 1966:

"¿Qué extrañas y siniestras ideas suscitaron en algunos sectores de vuestra numerosa Compañía la duda de que debiera seguir existiendo tal como el Santo que la ideó y fundó la describió con normas sapientísimas y firmísimas y que una tradición secular, madurada por una atenísimas experiencia y refrendada por las más autorizadas aprobaciones, modeló para gloria de Dios, para defensa de la Iglesia con maravilla del mundo?" (27).

27) Pablo VI: "Palabras del Papa a los religiosos". Confer, Madrid, 1967; pág. 151.

Y el Papa enumera esas "siniestras" ideas: criterio historicista, opuesto a la visión sobrenatural de la vida; renuncia a las venerables costumbres espirituales, ascéticas y disciplinares; repudio de la obediencia; olvido de la oración; ansia de costumbres aseglaradas y mundanas; valoración naturalista de las costumbres; pérdida del sentido de la sal evangélica...

Nunca habló un Papa con tal desenfado y dureza a toda una Orden religiosa como en esta ocasión. Pero sus palabras, una vez más, fueron al viento. Los jesuítas han seguido irreducibles en su obra demoledora. Y ha sido el propio Pontífice una de las víctimas mejor escogidas. Sobre él, y sobre lo que él representa, se vierte todo el resentimiento de unos hombres que, quieran que no, llevan sobre sus espaldas, si no sobre sus conciencias, el peso de la traición y de la infidelidad a los principios que juraron un día...

Veáse, por vía de ejemplo, cómo se expresa uno de ellos, cuyo nombre omito por elemental higiene del espíritu, en la V semana de Teología de Deusto:

"No fue la base (sino la Jerarquía) la que escribió ciertas condenaciones del socialismo en las encíclicas que hoy nos hacen sonreír o enrojecer de vergüenza... Como tampoco la intolerable violación por los católicos de la concien-

cia no-católica, en los matrimonios mixtos, es obra de la base, sino del Derecho canónico que se hace en Roma. ¿Tan extraño será entonces que, por fidelidad a la fe, nos encontremos hoy con una base crítica hasta la desconfianza? Y rebelde... Una rebeldía por fidelidad al Evangelio y contra el pecado colectivo de la Iglesia" (28).

No es este texto más comedido que cualquier desahogo luterano, no. Y el oponer la fe evangélica a la Iglesia Jerárquica es tema demasiado manido. Indice más bien de atraso e inmovilismo en quien lo aporta como una novedad.

— IX —

Cierto. La tensión de la desobediencia contumaz, de la insubordinación rencorosa, de la intriga perturbadora, de la sedición subversiva ha subido de tal forma, que el Preósito General de la Compañía, P. Arrupe, se ha visto obligado a dirigir una carta sobre tan delicado tema a toda la Compañía.

28) "Iglesia-Mundo", número 26, de 15 de Mayo de 1972; pág. 11.

Se trata de un documento anémico, desdibujado, con más color de exhortación de jefe de minoría democrática, que aires de precepto imperativo de General a su cuerpo de ejército. No se trata de una orden; se trata, más bien de una tímida súplica. No es un mandato; es un consejo alicorto. Lleva fecha de 25 de Enero de 1972, dado en Roma, en la festividad de la conversión de San Pablo.

Entre otras cosas, dice: "En estos momentos en que reina, por un lado, una mayor libertad de ideas, de crítica y de expresión, y, por otro, existe tanta confusión y desorientación en puntos claves, como en la así llamada **desmitización de la autoridad**, se ha visto afectada en algunos miembros de la Compañía, si no la lealtad hacia el Sumo Pontífice, sí al menos el modo de ejercerla" (29).

Habla más adelante de la apertura, caridad y profunda humildad de Pablo VI, virtudes que hacen tanto más inoportuno, injusto e intolerable el modo irrespetuoso que a veces han usado y usan algunos grupos, **incluso de católicos**, en el mundo de hoy.

29) Arrupe, Pedro: Carta a los jesuitas (véase el texto íntegro en el número 23 de 25 de marzo de 1972 de Iglesia Mundo; pág. 21).

Incluso, de jesuítas. No obstante ser el cuarto voto principio y fundamento de la Compañía de Jesús, según San Ignacio. Más que al Pontificado en general, como piedra angular de todo el edificio eclesiástico, parece referirse a Pablo VI en particular. Y no es ese precisamente el espíritu del famoso cuarto voto. Pero para muestra, basta un punto; y ya es suficiente cuanto se dice expresamente y lo que, con cierto eufemismo, se quiere dar a entender. En la Compañía de Jesús —si es que existe ya la tal Compañía— no se obedece al Papa, se le critica, con la pública almoneda de las Constituciones dadas por el propio fundador... Esa es la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad. Verdad realmente triste y asaz desconsoladora.

Tengo ante mis ojos una carta sobrecogedora de un viejo amigo de la Compañía perseguido por sus hermanos en religión por proclamar, contra viento y marea, los deseos del Papa en la "Mysterium Fidei" y en la "Christi Matri Rosarii"... Me habla también de la libertad en que han quedado los alumnos de cierto colegio de asistir a la misa. Y añade: "Si junto con la libertad de asistencia... se diese por nuestra parte una intensa motivación a la piedad y estima de todo lo divino, nos podríamos felicitar de la medida adoptada como más formativa. Pero si junto con eso los Prefectos e Inspectores notan los chicos que muchos días no dicen misa si-

quiera, pero que saben mucho de cine y de tele, tú me dirás si no ponemos en nuestros alumnos eficaces semillas de ateísmo práctico”.

Creo que este testimonio no puede ser más elocuente. Otros muchos podría aducir, que obran en mi archivo particular, verdaderamente aterradores. ¡La traición se ha consumado!

— X —

Yo, desde mi pequeñez, sugiero al P. Arrupe que, en una nueva amonestación a sus súbditos desbordados, recuerde la anécdota de San Juan Bosco acerca del verdadero significado del Pontificado, del inmovible “Tu es Petrus”.

Sí; un día los inquietos y alocados **biricchini** de Don Bosco se sorprendieron de que su santo protector les indujera a no gritar jamás ¡viva Pío IX! y a sustituir este grito por el de ¡viva el Papa!

Pero, ¡cómo!, ¿no era acaso Pío IX el Papa? ¿Entonces? Y San Juan Bosco, con su singular perspicacia, hubo de explicar a sus queridos **kiricchini** cuánto de falso y perverso se encerraba en el primer grito, puesto de moda por la Revolución, y cuanto de verdadero en el segundo

que, sin acepción de personas, era símbolo fiel de adhesión y acatamiento a la Iglesia y a su piedra angular, el Romano Pontífice, fuera el que fuera. Se llamase Pablo, Pío, León, Juan, Benedicto...

San Juan Bosco proclamó así, de forma llana y sencilla, la verdad del Papado, sin dar lugar a las falsas y peligrosas discriminaciones de entonces, que son, al fin y al cabo, las mismas que nosotros hemos visto resucitadas en nuestros días. Lo que nos induce a pensar, dicho sea de paso, en la poca imaginación del adversario; y en el acertado diagnóstico que un ilustre jesuita, el Cardenal Daniélou, hace del momento presente: "la crisis del mundo actual es una crisis de la inteligencia, una crisis de la verdad, una crisis del pensamiento" (30).

Estamos de acuerdo en que Pablo VI está adornado de las virtudes que el P. Arrupe le atribuye y probablemente de muchas más; pero si en lugar de Pablo VI reinara otro Papa menos virtuoso, ¿dejaría de ser Vicario de Cristo y, como tal, digno de veneración y respeto del pueblo fiel? ¿No habría que inclinarse ante él y cantarle, a pulmón pleno, el "Tu es Petrus", título que le dio el propio Cristo?

30) Danielou, Jean: "El dedo en la llaga". El Mensajero, Bilbao, 1970; pág. 21.

¡Cuán fácilmente nos olvidamos del pasado! Con razón se ha dicho que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Creo que fue en Satayana donde leí que los pueblos que olvidan determinados episodios de su historia están condenados a vivirlos de nuevo. En España se ha esfumado, con demasiada facilidad, el recuerdo del mal que constituyó para la Iglesia la instauración de la segunda República española, el 14 de abril de 1931. Fecha fatídica, sin duda, que dio comienzo a una era de persecuciones tenaces: quema de conventos e iglesias (31 de mayo), donde fueron pasto de las llamas verdaderos tesoros artísticos y monumentos del saber, que se perdieron para siempre; disolución de la Compañía de Jesús; secularización de cementerios; usurpación de los bienes eclesiásticos; legislación laicizante; desaparición de la efigie de Cristo de todos los centros oficiales... Odio, mucho odio, en una palabra.

Pío XI, el Papa fuerte e indoblegable que se enfrentó con Hitler y con Stalin y que hizo temblar, en alguna ocasión, al propio Mussolini, publicó una encíclica, "Dilectissima nobis", de 3 de junio de 1933, sobre la situación de la

Iglesia en España. Ahí está el documento, para reavivar la memoria de tanto olvidadizo tonto útil.

Comienza el Papa por recordar los grandes méritos histórico-religiosos de la noble nación española y su proverbial devoción a la Santa Sede Apostólica. Compara la situación creada en España con las de Rusia y Méjico. Y luego, para mientes en la ofensa que se ha inferido al Papa por basar la disolución de la Compañía, precisamente, en el cuarto voto.

Pero... atengámonos a sus expresivas palabras: "Se quiso de este modo quitar de enmedio a la Compañía de Jesús, que bien puede gloriarse de ser uno de los más firmes auxiliares de la Cátedra de Pedro, con la esperanza acaso de poder después derribar, con menos dificultad y en corto plazo, la fe y la moral cristiana del corazón de la nación española, que dio a la Iglesia la grande y gloriosa figura de Ignacio de Loyola. Pero con esto se quiso herir de lleno —como lo declaramos ya en otra ocasión públicamente— la misma autoridad suprema de la Iglesia católica. No llegó la osadía, es verdad, a nombrar explícitamente la persona del Romano Pontífice; pero de hecho se definió extraña a la nación española la autoridad del Vicario de Cristo, como si la autoridad del Romano Pontífice, que le

fue conferida por el mismo Jesucristo, pudiera decirse extraña a parte alguna del mundo..." (31).

Tras la lectura reposada de estas frases del Papa, nos asaltan las siguientes interrogantes: ¿Qué ciclón devastador ha conmovido, satánicamente, los mismos cimientos de la Compañía? ¿Cómo de "uno de los más firmes auxiliares de la Cátedra de Pedro", según frase de Pío XI, ha pasado a ser catapulta envenenada contra esta Cátedra de Verdad, ariete al servicio de la Revolución, agente -monitor de Internacionales ateas?

Es curioso, por otra parte, oír los ridículos circunloquios de que se valen los jesuitas **progre-sistas** para justificar sus rebeldes posturas ante el pobre vulgo alelado y tontón. Nunca ha de faltar, por supuesto, la contraposición, bien resaltada, entre la Iglesia jurídica y la carismática. El Papa y la Jerarquía representan, naturalmente, el juridicismo condenable, que corta las alas al Espíritu. Por el contrario, el pueblo-base, libre y sin trabas, representa el carisma y es iluminado por el Espíritu que sopla donde quiere. ¡Insensatos! Se olvidan de que el Espíri-

31) Pío XI: "Dilectissima nobis". Colección de Encíclicas y Documentos Pontificio. Acción Católica Española. Madrid, 1962; pág. 133.

tu no sopla sin humildad y obediencia y de que jamás sus vanilocuas ineptias pueden confundirse con el soplo del Espíritu.

Sobre estas dos virtudes, humildad y obediencia, cimentó Ignacio su Compañía, fuertemente entrañada de auténtico espíritu castrense. Sus Constituciones y Reglas lo revelan con toda claridad. Así, en el número 23 del Capítulo 1º de la tercera parte de las Constituciones, dice:

“Es muy expediente para aprovecharse y mucho necesario, que se den todos a la entera obediencia, reconociendo al Superior, cualquiera que sea, en lugar de Cristo Nuestro Señor, y teniéndole interiormente reverencia y amor. Y no solamente en la exterior ejecución de lo que manda, obedezcan entera y prontamente con la fortaleza y humildad debida, sin excusaciones y murmuraciones... teniendo la voluntad y juicio de su Superior por regla del propio...” (32).

Suponemos —y creemos fundadamente que no será mucho suponer— que estas consignas ignacianas ordenadas como mandatos imperativos e ineludibles para los miembros de su Compañía, harán sonreír o enrojecer de vergüenza, por inmovilistas, medievales, ñoñas y aún per-

32) San Ignacio de Loyola: Obras completas, ya citadas; pág. 434-435.

versas, al autor, flamante autor, de las desdichadas frases pronunciadas en la V Semana de Teología de Deusto que hemos consignado, como botón de muestra, y a cuantos piensan y actúan como él. Jamás podíamos recelar que, bajo el pretexto de renovaciones conciliares, se llegase, por algunas Ordenes religiosas, a un tal grado de relajación y descomposición total.

Pero ello es lógico. Donde se hace caso omiso de "Reglas" y "Constituciones"; donde ha desaparecido la vida comunitaria; donde cada cual puede llegar a la hora que le venga en gana, sin rendir cuentas a nadie; donde ha sido demolido el principio de autoridad; donde se ha perdido el espíritu de hermandad y, sobre todo, donde se ha extinguido el sentido sobrenatural de la vida, es preterida la contemplación y la oración llega a ridiculizarse, nada, absolutamente nada es de extrañar.

— XII —

"Tu es Petrus".

Sí; él es Pedro, Vicario de Cristo, Sumo Pontífice, Padre Santo de la Cristiandad, pese a todos los poderes infernales que, desde dentro

de la Iglesia, trabajan hoy por destruir su verdadera imagen. El es Pedro, sobre quien el propio Cristo estableció la Iglesia, confiriéndole unos poderes que no se le pueden escatimar. El es Pedro, unidad de la comunidad Eclesial; garantía del depósito de la fe; puente entre Cristo y los miembros de su Cuerpo Místico; timonel de la nave que nos ha de conducir al puerto definitivo... En esta hora de predominio de la acción sobre la reflexión y el pensamiento, vale la pena pararse a meditar en esta frase de Santa Catalina de Siena, cargada de dramático sentido teológico: "¡Quien no obedece al Cristo en la Tierra, que representa al Cristo del Cielo, no participa de la Sangre del Hijo de Dios!" (33).

España, hemos dicho, y lo advera Pío XI en su citada encíclica, "Dilectissima nobis", fue siempre muy adicta a la sede Apostólica. ¡Los españoles por el Papa!, es el grito que se oía siempre resonar bajo las bóvedas de la Basílica de San Pedro cuando se encontraban algunos de ellos presentes en las audiencias pontificias. Siempre fuimos papistas y, a veces, más papistas que el Papa. La defensa del Pontificado fue

33) Santa Catalina de Siena, citada por Mons. Rudolf Graber, obispo de Rogenburg, en "Cruzado Español", de 1 de mayo de 1972.

noble patrimonio de los más conspicuos pensadores tradicionalistas hispanos. Durante el pasado siglo XIX son famosas, entre otras, por su difusión allende las fronteras, las apologías de Balmes y de Donoso Cortés. Para Vázquez de Mella es tan trascendental el Papado, incluso desde el punto de vista político-social, que llega a exclamar:

"El Pontificado es la afirmación soberana de la diferencia entre las dos potestades, la civil y la eclesiástica, y, por lo tanto, la negación del cesarismo; lo que equivale a ser la afirmación más augusta de la libertad en el mundo" (34).

¡El Papa, sostén de la libertad!

Había que terminar, pues, con esa odiosa libertad de los hijos de Dios. Y establecer inmediatamente la dictadura de las Internacionales del ateísmo. A tal fin, nada mejor que socavar el último baluarte de la resistencia: el prestigio del Pontificado. Eso facilitaría el camino y agilizaría, sin duda alguna, los métodos. No es de extrañar, por consiguiente, que ya, desde la muerte de Pío XII, la inteligencia aristotélica más preclara del siglo, las fuerzas de la subver-

34) Vázquez de Mella, Juan: Obras Completas. Tomo III, 1943, Pág. 125.

sión comenzaran masivamente su obra de descrédito, con una campaña de infamantes acusaciones.

El mundo entero se estremeció ante tanta podredumbre. Juan XXIII y Pablo VI, sucesores del Papa calumniado, hicieron públicas alabanzas de Pío XII. Se publicaron libros en pro y libros en contra. El daño, sin embargo, estaba hecho. Tras aquellas calumnias, vinieron estas desobediencias. El propósito se lograba.

La Iglesia romana que "no había alcanzado nunca un tal poder de irradiación", como dice Paul Rassinier, ateo, y, no obstante intrépido defensor de Pío XII, en su importante obra "La operación Vicario" (35), se resintió en su prestigio internacional. Y se puso buen cuidado en que la Iglesia de España fuera infiltrada por las consignas que daban "sabiamente" los promotores del progresismo demoledor. Los hombrecillos chatos que había dentro de la Iglesia, resentidos de cuerpo y espíritu, a quienes pesaba, como un yugo insoportable, sotana y tonsura, autoridad y obediencia, castidad y mortificación, pobreza y disciplina, echaron las campanas al vuelo y se convirtieron en los más firmes impulsores de la Contra-Iglesia.

35) Rassinier, Paul: "La operación Vicario". Acervo, Barcelona, 1966; pág. 78.

Lo recuerdo perfectamente. Fue en el año 1965. Visité entonces, como en otras ocasiones anteriores, para proveerme de libros que me interesaban, la librería "LACE", en los bajos de la antigua casa de la Editorial Católica, Alfonso XI, 4 (Madrid). Fui de propósito a adquirir la obra de Alexis Curvers, "Pío XII, el Papa ultrajado". Extraordinaria defensa, irrefutable, del Papa denigrado. Pregunté por ella. Me contestaron negativamente; pero me mostraron, como novedad, con gran aparato de propaganda, el libro escrito por Saul Friedlander "Pío XII y el III Reich", todo él dedicado a verter los mismos venenosos infundios contra el Pastor Angélico en que se basa el detestable drama de Hochhuth.

Tal fue mi extrañeza, que le pregunté al dependiente: —¿Pero no saben ustedes que esta obra está escrita contra Pío XII? ¿Cómo es posible que se venda y propague en la librería de la Acción Católica Española?

Con cara de beocio pavisoso, me respondió: —¡Bueno! Es que tenemos la consigna de abrirnos un poco...

Le miré fijamente y le dije lo que un teólogo americano le preguntaba a un aperturista: —¿Hemos de abrirnos tanto, que se nos salga el cerebro?

Pues bien; esta obra, no sólo se vendía y se propagaba en la Librería de la Acción Católica Española (a la que jamás volví), sino que se anunciaba, prologada por un tristemente "famoso" canónigo de Málaga, en la revista "Ecclesia", también órgano de la Acción Católica Española (véase, por vía de ejemplo, el número 1.266 de 1965), como un libro "duramente crítico, fríamente acusador, documentalmente doloroso..., pero indiscutiblemente objetivo y honrado".

No obstante, en 1958, a la muerte de Pío XII, "Ecclesia", además de llamarlo su Redactor Jefe y de quemar ante su cadáver caliente el incienso de las más exquisitas alabanzas, había escrito: "Luminoso, certero, abierto, firme, Pío Papa XII queda ante los siglos como un gran arquitecto del reino de los cielos" (número 900 del 11 de Octubre de 1958).

¿Cómo se puede variar en tan poco tiempo? ¿Cuándo mintió "Ecclesia"? ¿Cuando alabó o cuando injurió? ¿Qué le hizo cambiar de opinión en todo caso? ¿Cómo ha cumplido su ineludible obligación de entonar ante sus lectores el "Tu es Petrus" y defender al Pontificado de las agresiones de los malvados y mendaces?

¿Ha dejado España, la católica España, ha dejado, repito, de ser bastión del Pontificado, por obra y gracia de los que tenían obligación de confortarla en su postura de amorosa entrega y sumisión al Vicario de Cristo?

Tal vez sea hora de poner punto final a estas reflexiones quizá poco sistematizadas, pero nacidas, bien lo sabe Dios, de lo más íntimo del corazón.

Sin embargo, es necesario añadir algo más. Se ha querido hacer ver, con propósitos inno- bles, con designios malévolos, por muchos fal- sos ecumenistas, de esos que proliferan cada día, como la mala simiente, que el sostenimien- to a ultranza de la Primacía de Pedro, el "Tu es Petrus", representa una de las mayores dificul- tades para la unión de los cristianos. De esta untuosa manera, la embestida contra el Papado se reviste de intención apostólica, de celo pasto- ral, de afanes e ideales limpios. La sofística ma- quinación salta a la vista.

Es posible, no lo negamos, que, en algún ca- so particular y determinado, este dogma signi- fique, ciertamente, un obstáculo a la entrada o al reingreso en la Iglesia católica, como teórica o prácticamente pueda serlo la Eucaristía o la Santísima Trinidad. Y por eso, claro está, ni se van a suprimir ni se puede prescindir de ellos. La unión no llegará por entregar medias verda- des para recibir, a cambio, medios errores. Juan XXIII, Pablo VI y el propio Concilio Vaticano

II han afirmado, reiteradamente, que es absolutamente preciso que la doctrina se exponga con claridad y sin mutilaciones. Ya que nada es tan ajeno al ecumenismo como el falso irenismo, que pretendiera devirtuarla y oscurecer su verdadero y genuino sentido.

Ahora bien; puedo asegurar que todas esas dificultades insalvables, que los falsos ecumenistas alegan contra el Pontificado, están desmentidas a través de lo que gran número de conversos explican, al relatarnos su propia historia: la historia de sus conversiones o el retorno a la casa del Padre. Debo de tener en mi biblioteca unos cuatrocientos relatos de conversos insignes. Ellos han dejado constatados, para la posteridad, sus temores, sus ansiedades, sus angustias, sus alegrías y satisfacciones, en el proceso, siempre doloroso, de la conversión. Y afirmo que una gran parte se decidió a dar el paso definitivo, porque encontró, precisamente, en el Pontificado la garantía de una unidad doctrinal, que buscó, en vano, en sus fluctuantes y desconcertadas sectas. Otros, si bien en sus comienzos hubieron de vencer cierta repugnancia, debida a la contumaz propaganda contra el Papa, amasada de odios y de calumniosos dicitos, des-cansaron luego en el Pontificado. Y bebieron ansiosos en el hontanar puro de su Verdad, garantizada sobrenaturalmente.

El inmenso Chesterton, por ejemplo, convertido del anglicanismo al catolicismo, llega a decir que "el hacerse católico es sólo cuestión de solidez de pensamiento" (36). Es curioso. Esta frase que podría, a primera vista, parecer un desahogo paradójico del literato inglés, la corroboran otros, quizá, incluso, con mayor viveza y rotundidad. Así, el Dr. Expedito Schmidt, excelente crítico literario y teatral, de nacionalidad alemana, que dejó el luteranismo para hacerse católico, y luego franciscano, nos dice: "La Lógica de la doctrina católica me ha introducido en la Iglesia, del mismo modo que la falta de lógica me había hecho salir del protestantismo" (37). Y Jacobo Olrik, jurista y teólogo de Copenhague, convertido al catolicismo y, tras su conversión, presbítero, párroco y camarero honorario de Su Santidad, no duda en afirmar:... "la lógica y el protestantismo no pueden andar juntos mucho tiempo... Un teólogo luterano danés llegó, incluso, a decir una vez: Si se quiere ser lógico, hay que volverse loco o católico" (38).

Honradez ante todo. Sinceridad y autenticidad..., pero en la Verdad. Seamos, pues, veraces.

36) Severin Lamping: "Hombres que vuelven a la Iglesia". Epesa, 1945, Madrid; Pág. 10.

37) Ibidem; pág. 24.

38) Ibidem; pág. 116.

La lógica del catolicismo, exaltada por estos conversos, hombres de pensamiento, auténticos intelectuales, no es otra que la coherencia de su unidad doctrinal, amparada en los claros contornos del don de la infalibilidad. Don que da seguridad absoluta al creyente, ya que le consta, de una manera indubitada, que Pedro está inmunizado contra todo error en materias de fe y costumbres, cuando define "ex cathedra", por especial asistencia divina...

Para el Dr. Karl Thieme, escritor, publicista y profesor alemán, convertido también al catolicismo, su camino de retorno tuvo origen "en la lógica" de la Iglesia católica (39). La Doctora Fany Imle, escritora, publicista y célebre traductora de San Bernardo al alemán, impresionada por "el desorden espiritual del protestantismo", según sus mismas palabras, pasó a la "verdad, coherente y armónica", de la religión católica (40). El diplomático noruego Einer Bertram, masón y, luego, fervoroso católico, tras detenidos estudios teológicos, y después de salvar, según nos cuenta, los enormes prejuicios contra el Papa, inculcados en su espíritu desde la más tierna infancia, comprendió que para él "había acabado el protestantismo con sus inconsecuencias" (41).

39) Ibidem; pág. 52.

40) Ibidem; pág. 52.

41) Ibidem; pág. 94.

Podríamos multiplicar los relatos coincidentes. Lo creemos innecesario. Pero hemos de insistir: la lógica del catolicismo no es otra que su seguridad doctrinal, fundamentada y basada en la autoridad enseñante del Magisterio infalible. En el Papa, Suprema jerarquía docente. Razón, fuerza y confianza de nuestra unidad. Así como la incoherencia, la ilógica, la desunión de las sectas disidentes, no tienen otro origen que la carencia de autoridad doctrinal, que pueda definir, con certeza, en los casos de discusión y duda...

Quizá nadie, como el Reverendo Owen Francis Dudley, clérigo anglicano primero, sacerdote católico luego, haya descrito, con trazos tan luminosos y acertados, el caos en que se debaten las sectas en materia de fe y costumbres. Siendo todavía Pastor anglicano, sus dudas y tormentos le importunaron porque, en definitiva, "no podría comprender qué era lo que tenía que explicar como clérigo anglicano". Comprendió, desde entonces, "que no podría enseñar ninguna teología sistemática". "Nuestra iglesia —dice— estaba llena de contradicciones y partidos, cada uno de los cuales decía ser la Iglesia..." Se vio, pues, en "un callejón sin salida". Y exclama: "La infalibilidad es nuestra única garantía de verdad en la religión cristiana". He aquí su coincidencia con Chesterton: "El entendimiento sano debería por sí sólo inducir a todo hombre que piensa, a detenerse ante el postulado de la

Iglesia católica". E insiste en que para comprender todo esto hay que tener "un entendimiento robusto y sano".

Termina la preciosa descripción de su retorno a Dios con este párrafo extraordinario, que bien pudieran meditar esos nuevos curas, vehículos del error, transmisores del mal e importadores de las barahundas luteranas al seno del catolicismo: "En lugar de odio encontré compasión por los hermanos disgregados, por las ovejas sin pastor, y sentí el deseo de que todos éstos se asomaran al corazón de aquél que los hombres llaman Papa, Pastor y Representante de Cristo; porque entonces verían no un tirano hambriento de dominio y ansioso de poder mundano, sino un padre amoroso, que es amado por sus hijos como no lo es ningún hombre en la tierra" (42).

Pero... ¡Qué triste es confesarlo, después de constatado! El movimiento de conversiones que afluía, cada año con más vigor, al regazo de la Iglesia católica ha sufrido un violento colapso. Es más: la regresión al error sectario tiene, precisamente ahora, sacudida por un viraje diabólico, técnicamente dirigido y planificado, anchos cauces abiertos...

42) Ibidem; pág. 145.

¿Qué ha sucedido? ¿Cómo ha podido suceder? ¿Quiénes son los responsables? ¿Qué del retorno a la Verdad del confuso mundo anglicano, que, desde Newman (1890), a través del fenómeno conocido por **movimiento de Oxford**, arribaba aceleradamente y en profusión, cada año, al seguro puerto de la Iglesia católica? ¿Qué de las 70.000 conversiones que se producían por año en Estados Unidos? ¿Qué de las grandes figuras alemanas que, periódicamente, ingresaban en el seno de la Iglesia romana?

Todos ellos, superando "los lastimosos prejuicios contra la Iglesia Católica, que en el protestantismo se transmiten de una generación a otra", como escribe el Dr. en medicina Eduardo Schaeffer (43), que por experiencia propia lo sabía, encontraron la luz de la Verdad en Roma. En la Roma pontificia, iluminados por esa estrella, el Papa, combatido ahora, ferozmente, por sacerdotes perjuros y por religiosos que le deben fidelidad, algunos de ellos ligados al Pastor por un cuarto voto de obediencia:

No es, pues, repetimos, el Pontificado un dogma que se opone al movimiento ecuménico de unidad. Todo lo contrario. Es su garantía, porque es el descanso espiritual de los que vuelven a la Iglesia; esperanza de los que se debaten en la perplejidad; símbolo y realidad feliz,

43) Ibidem; pág. 62.

al mismo tiempo, de la fusión buscada con autenticidad y amor. Ellos nos lo han dicho.

Recojamos unas medidas y expresivas palabras del Cardenal Charles Journet, en su obra "Teología de la Iglesia":

"Tiene dicho poder (el poder pleno y supremo del Papa sobre toda la Iglesia universal) entre otras funciones la de enseñar, la de confirmar en la fe a sus hermanos (Lc. XXII, 32), y si ha de ser el fundamento de la fe de una Iglesia infalible, contra la que no podrán prevalecer las puertas del infierno, no hay duda de que ha de poder enseñar, en determinadas circunstancias, infaliblemente, no ciertamente para hacerse canal de nuevas revelaciones, sino para exponer con toda fidelidad el depósito, revelado de una vez para siempre por los Apóstoles. Las definiciones del Romano Pontífice, hechas en virtud de su suprema autoridad apostólica, para declarar la doctrina de la fe y de las costumbres que deben ser aceptadas por la Iglesia universal, son irreformables, por la asistencia de Cristo a su Vicario, no por el consentimiento de la Iglesia, consentimiento que, sin duda, se dará siempre no para fundamentar aquella definición, sino para acompañarla" (44).

44) Journet, Charles: "Teología de la Iglesia". Ediciones declee de Brouwer, Bilbao 1959; págs. 151-152.

El eminente teólogo, claretiano, P. Peinador, en el prólogo de su obra "¿Se hunde la barca de Pedro?", clarividente y firmemente orientada y orientadora, nos dice:

"La grave crisis de ideas, de actitudes, de vocaciones por que está pasando la Iglesia católica, no es un secreto para nadie: laico, sacerdote, obispo, cardenal; cristiano de cualquier confesión o ateo. Todo el mundo habla de ella, y muchos, entre los católicos, se sienten incómodos, desconcertados, aturridos, sin saber qué pensar de todo ello, cómo juzgarlo, qué salida acabará por tener" (45).

Recuerda el P. Peinador que el Papa, durante sus alocuciones semanales, ha hablado, frecuentemente, de la crisis de la Iglesia: de la subversión interna, de los que destruyen sin construir, de la crítica corrosiva...

La crisis, pues, es un fenómeno universalmente reconocido. No obstante, el Cardenal Bueno Monreal, Arzobispo de Sevilla, lo niega

45) Peinador, Antonio: "¿Se hunde la barca de Pedro?" Studium, Madrid, 1970; pág. 21.

terminantemente. En unas públicas declaraciones a un periodista canario, se atreve a aseverar en contra del sentir del Papa y del mundo cristiano: "No hay crisis. Lo puedo afirmar categóricamente. Se trata tan sólo de una adaptación a nuevas normas" (46).

Esta peregrina opinión, que ha de dar lugar, lógicamente, a un proceder pasivo o de omisión, en quienes tienen la obligación de allanar los caminos del Señor, con su doctrina, es la mejor manera de que las cosas que están mal no encuentren jamás adecuado arreglo. La terapia dependerá siempre del diagnóstico. Nunca viceversa.

Nosotros preguntamos consternados:

¿Puede considerarse acaso como nueva norma que los sacerdotes de Dios enseñen errores gravísimos acerca de la Eucaristía, razón por la cual Pablo VI hubo de salir al paso con su encíclica "Mysterium fidei", de 3 de Septiembre de 1965?

46) Bueno Monreal: "Hoja del Lunes" Las Palmas de Gran Canaria, de 22 de Mayo de 1972.

¿Deberá considerarse como nueva norma el hecho doloroso de que ministros del Señor digan impunemente herejías contra la Virgen y sus devociones tradicionales y populares, motivo de la encíclica de Pablo VI "Christi Matri Rosarii", de 15 de Septiembre de 1966?

¿Tendremos como nueva norma al sacerdote sexualizado, que se expresa brutalmente contra el celibato eclesiástico, causa de la encíclica de Pablo VI "Sacerdotalis Coelibatus", de 24 de Junio de 1967?

¿Será simple norma nueva la falta de fe de los curas neo-modernistas que, con sus audacias en materias dogmáticas, dieron lugar a la publicación del "Credo del pueblo de Dios", de Pablo VI, el 30 de Junio de 1968?

Podrá denominarse, simple y llanamente, nueva norma, la dura y corrosiva crítica, impertinente y desalmada, de que ha sido objeto Pablo VI, de parte de numerosos clérigos seculares y regulares, por defender la doctrina tradicional de la Iglesia respecto del derecho a nacer y del deber de no impedirlo, al publicar la encíclica "Humanae vitae", de 25 de Junio de 1968?

¿Haremos bien en llamar, empequeñeciendo el hecho hasta la más peligrosa ridiculez, nueva norma a los desatinos que se difunden, desde los

presbiterios de las iglesias (púpitos van quedando bien pocos), acerca de la Encarnación y de la Santísima Trinidad, génesis de la "Declaración para salvaguarda de la fe", de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, de 8 de Marzo de 1972?

¿Norma nueva, la desfachatez de grupos de teólogos, "bien conocidos y señalizados", no precisamente por su pensamiento teológico, sistemáticos contestarios a las disposiciones del Papa, en el ejercicio de su autoridad jurisdiccional?

¿Norma nueva, tal vez, una Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes de España, cuyas ponencias se han formulado de manera imprecisa y ambigua, que resultan, a veces, netamente inmaduras, que suscitan graves reservas doctrinales y disciplinarias, con planteamientos incorrectos o claramente erróneos? (47).

47) Véase el número 22, de 13 de marzo de 1972 de "Iglesia-Mundo". Tenemos que decir que es verdaderamente bochornoso que, sacerdotes y obispos españoles (no todos, claro está, los obispos y sacerdotes español-

Carlos Ruíz del Castillo, ilustre jurista español, autor de numerosas obras, en un artícu-

les) hayan intentado minizar la importancia del documento que la Sagrada Congregación para el Clero dirigió acerca de los acuerdos de la Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes españoles, firmado por el Cardenal Wright en 9 de febrero de 1972, Prefecto de este Dicasterio.

Se han oído críticas severas contra el mismo y hasta se dijo que se había solicitado del Papa, de forma imperativa e irrespetuosa, la destitución del Prefecto. Persona para mí de todo crédito, me aseguró que una alta dignidad eclesiástica, perteneciente al Cabildo Catedral de Las Palmas, se permitió decir que se trataba de un documento confeccionado por un grupo de retrógrados a quien nadie hacía caso.

¡Qué indignidad y cuanta pena! La obediencia y la humildad han brillado, en este caso, por su ausencia, mientras el sentido de Iglesia ha sufrido, ante el pueblo de Dios, un rudo quebranto. Los Dicasterios romanos, quisiérase o no, dígase lo que se dijere, funcionan siempre en íntima cola-

lo publicado en la revista "Ecclesia", digno de ser leído y meditado, que lleva por título "La mundanización del sacerdocio", nos recuerda una frase de Jean Guilton dirigida a los sacerdotes:

boración con el Papa y son parte constitutiva de la Santa Sede Apostólica.

No caben restricciones ni componendas. Estamos cansados de distingos y soluciones ambiguas. Las salidas más o menos subrepticias no convencen a nadie. El Canon 7 del Código de Derecho Canónico es bien explícito al respecto: "...se comprende en este Código bajo el nombre de Sede Apostólica o Santa Sede no sólo el Romano Pontífice, sino también las CONGREGACIONES, los Tribunales, los Oficios, por medio de los cuales el MISMO Romano Pontífice suele despachar los asuntos de la Iglesia Universal".

La Sagrada Congregación para el Clero forma parte, pues, de la Santa Sede. Desobedecerla, criticarla, menospreciarla, mi-

"Perderéis siempre si intentáis igualarnos y guiarnos desde nuestro terreno laical. Ganaréis siempre si os situáis, con alegría, fuerza y sencillez, dentro de vuestro terreno propio e inconfundible: el sacerdocio. Os pedimos, ante todo, que nos deis a Dios, especialmente por medio de esos poderes que sólo vosotros tenéis: absolver y consagrar. Os pedimos que seais hombres de Dios, portadores de la palabra, distribuidores del pan de vida, representantes del Eterno en nosotros" (48).

Pablo VI, en homilías, discursos, alocuciones y documentos, ha tocado el tema del sacerdocio y su actual problematización, agudizada por una crisis de fe, que da pábulo a la contestación, a la rebeldía, a la desafiante desobediencia...

El 22 de febrero de 1971, dirigiéndose al clero romano afirma, de modo decisivo, que no cabe dudar de la identidad y esencia del sacerdocio católico. "Ninguna cosa —dice— es hoy más

nimizarla, combatirla, preterirla, no escucharla, esquivarla... todo esto se ha hecho con la Santa Sede y, por consiguiente, con el Santo Padre, Vicario de Cristo, Cabeza de su Iglesia, Supremo Pastor de la grey.

48) Jean Guittou; "Ecclesia", número 1542 de mayo de 1971.

necesaria para nuestro clero que la **recuperación** de una conciencia firme y confiada en la propia vocación" (49).

Más. En su homilía de 11 de abril de 1971, durante la celebración de la misa "in Coena Domini", vuelve el Vicario de Cristo a ocuparse del sacerdocio... Y lamenta el abandono, la huida, la deserción, la fuga, de muchos sacerdotes, que, en su mediocridad moral, desean encontrar "natural y lógico quebrantar una promesa propia, largamente premeditada y solemnemente profesada ante Cristo y ante la Iglesia" (50).

El dolor del Padre Santo, ante esta evidente crisis, que él, como Supremo Pastor, no se recata en denunciar, se ha puesto de manifiesto en cientos de ocasiones.

He aquí una más. El 4 de abril de 1971, al dirigirse a un nuevo grupo de sacerdotes, les exhortaba: "No os dejéis sugestionar por teorías y por ejemplos que ponen en duda vuestra fe, vuestra elección, vuestra irrevocable entrega a Dios. Las profundas exigencias de la espiritualidad y del ministerio sacerdotal permanecen, en su esencia, inmutables en los siglos, y mañana,

49) Pablo VI: "Ecclesia" de 6 de marzo de 1971, número 1532.

50) Pablo VI: "Ecclesia" de 24 de abril de 1971, número 1538.

como hoy, se llamarán: unión con Dios, amor a la Cruz, desprendimiento de los bienes de la tierra, espíritu de oración, castidad generosa y vigilante, obediencia plena a los representantes de Dios y entrega total al servicio del prójimo" (51).

No lo olvidemos. La esencia del ministerio sacerdotal permanece inmutable, como parte integrante de la Verdad revelada por Dios. Pero se da la triste circunstancia de que el enemigo quiere destruir esa esencia. Desfigurar, por todos los medios a su alcance, el auténtico perfil sacerdotal. A tal fin, ha solicitado la colaboración de los perjuros que, a veces, se han adelantado a ofrecérsela. No recarguemos las tintas diciendo que los traidores son más que los fieles; pero confesemos, sí, que son más audaces, más decididos: se han convertido en activistas permanentes, en animadores incansables de la subversión contestataria y de la nefanda moral de situación...

¿Cómo es posible que se celebren aún, reuniones, simposios, coloquios y jornadas de estudio, para configurar el nuevo rostro espiritual del sacerdote, como si éste no estuviera claro y bien determinado en tantos y tantos documentos pontificios, sin el menor ápice de contradicción

51) Pablo VI: "Ecclesia" de 1 de mayo de 1971, número 1539.

entre sí? ¿Es que, por ventura, no ha hablado ya, suficientemente, el Magisterio de la Iglesia en encíclicas que merecen, no sólo el respeto, sino la admiración más profunda y el aplauso unánime del pueblo de Dios?

Todos los Papas del siglo XX han adoctrinado a los fieles con documentos preciosos, acerca de la misión sacerdotal; pero justo es que nos refiramos, principalmente, a cinco de ellos que, sin hipérbole alguna, podemos calificar de maravillosos.

Pío X, el Papa santo, no tiene hoy buena prensa en el mundo. Es natural. No en balde fue el Vicario de Cristo que cortó, en ciernes, el movimiento modernista. Ese movimiento que, agazapado y no vencido del todo, volvió a levantar cabeza, bravucón y desafiante, a la muerte de Pío XII. El 4 de agosto de 1908, San Pío X publicaba su encíclica "Haerent animo", acerca de la santidad sacerdotal. En ella define y enumera las obligaciones derivadas del sagrado ministerio: "Tales son: predicar la palabra divina, oír confesiones cual conviene, asistir a los enfermos, sobre todo a los moribundos, enseñar la fe a los que no la conocen, consolar a los afligidos, hacer que vuelvan al camino los que yerran, imitar siempre en todo a Cristo, que pasó

haciendo bien y curando a todos los tiranizados por el diablo" (52).

Pío XI, el Papa fuerte y tenaz, que luchó inflexiblemente contra los enemigos externos de la Iglesia (los grandes totalitarismos, sobre todo) publicó su encíclica "Ad catholici sacerdoti" el 20 de diciembre de 1935. Al exaltar la dignidad sacerdotal, Pío XI recuerda a San Pablo y nos enseña: "El sacerdote, según la magnífica definición que de él nos da el mismo Apóstol, es, en sí, un hombre tomado de entre los hombres, pero constituido en bien de los hombres acerca de las cosas de Dios; su misión no tiene por objeto las cosas humanas y transitorias, por altas e importantes que parezcan, sino las cosas divinas y eternas..." (53). Habla esta encíclica de la potestad sacerdotal, de la augusta misión del sacerdote, de las virtudes que deben florecer en él, de la preparación que deberá adquirir para el mejor desempeño de tan alta misión.

¿Responde hoy el sacerdote a un programa tan justo, tan acabado, tan lleno de sabiduría y

52) Pío X: Colección de Encíclicas, ya citada; pág. 980.

53) Pío XI: Colección de Encíclicas, ya citada; pág. 1002.

tan poco proclive a la ambigüedad en que se desea vivir en nuestra época? ¿No han quedado preteridos el culto ritual y el celo de las cosas divinas, por una irrupción del sacerdote en lo puramente humano y terrenal, desacralizada la misión para la que fue elegido?

Pedro ha confirmado, ininterrumpidamente, a sus hermanos, como era su deber, a través de los tiempos; pero son sus hermanos los que se oponen hoy a la confirmación por parte de Pedro. Sin embargo, el "Tu es Petrus" de Cristo ni ha sido ni jamás podrá ser derogado.

Pío XII es el Papa calumniado por los que padecen miopía del espíritu. Es también el Papa que ha concitado los odios más feroces de aquellos que, durante su pontificado, fueron incapaces de mirarlo de frente, porque el brillo de su luz les encandiló siempre. Es el Papa que llevó al cenit el prestigio de las audiencias pontificias. No sólo llegaban hasta su trono los fieles católicos, atraídos por la majestad de su figura y su profundo saber, sino aún los pertenecientes a las sectas separadas y hasta los propios enemigos de toda religión. No hubo reunión científica, literaria o artística, que no terminase ante el Pastor Angélico, ávida de escuchar su iluminada palabra.

El ascendiente de la Iglesia creció de tal manera, que el enemigo, desconcertado y alerta a la vez, comenzó sus maquinaciones para arrumbarlo.

Pues bien; Pío XII, el 23 de septiembre de 1950, publica una Exhortación Apostólica, sobre la santidad sacerdotal. Su "Menti Nostrae" vale por todo un tratado. El sacerdote debe, según él, ante todo y sobre todo, imitar a Cristo. "La actividad del sacerdote —escribe— se ejercita en todo cuanto al orden de la vida sobrenatural se refiere, pues le corresponde fomentar el crecimiento de la misma y comunicarla al Cuerpo Místico de Cristo. Por ello ha de renunciar a todas las ocupaciones que son del mundo, cuidarse tan sólo de las que son de Dios" (54).

Como motor de toda la actividad sacerdotal, Pío XII señala la oración, hoy tan desprestigiada y tan marginada por la nueva ascética de cuño marxista. Y previene contra la **herejía de la acción**. Lamentable aberración que padecemos y que nos está llevando al más craso naturalismo inmanetista. Apunta luego a las novedades peligrosas que influyen, de alguna manera, en los espíritus, y añade: "De donde necesariamente se sigue que no faltan, en estos nuestros tiempos, sacerdotes inficionados de alguna manera por semejante contagio; que con frecuencia ma-

54) Pío XII: *Ibidem*; pág. 1157.

nifiestan tales opiniones y llevan un género de vida tal, aún en su propio vestir y en el porte de su persona, que ciertamente están muy ajenos así a su dignidad como a su ministerio" (55).

En íntima relación con este documento, publicó Pío XII su encíclica "Sacra virginitas", de 25 de marzo de 1954, aunque ella se refiere a todos cuantos, por voto, guardan virginidad. Bueno será recordar, por contraste con los tiempos actuales, lo que ordena respecto a los alumnos de los Seminarios en su preparación para el sacerdocio:

"Mayor aún es la razón de que los seminaristas deban ser apartados del tumulto mundanal, para formarlos en la vida espiritual y para que alcancen la perfección sacerdotal o religiosa antes de que entren a su combate; que durante largo tiempo permanezcan en los Seminarios o en los Escolasticados a fin de recibir allí una educación diligente y cuidadosa, aprendiendo progresivamente y con prudencia a ponerse en contacto con los problemas de nuestro tiempo, según las normas que Nos mismo hemos prescrito en la Exhortación Apostólica "Menti nostrae" (56).

55) Pío XII: Ibidem; pág. 1661.

56) Pío XII: Ibidem; pág. 1661.

¿Qué diría Pío XII del ruinoso estado espiritual en que se encuentran tantos Seminarios, y de las experiencias romántico-afectivas a que se someten los futuros sacerdotes del Señor, con la anuencia y el consejo, muchas veces, de sus superiores?

Juan XXIII publica, el 1 de agosto de 1959, su extraordinaria encíclica "Sacerdotii Nostri Primordia". Es un canto a la vida sacerdotal, según Cristo, expresada ya en los documentos de los Papas anteriores. Centra la figura del sacerdote en el admirable perfil del santo cura de Ars, San Juan María Bautista Vianney, cuyo centenario quiere conmemorar. He aquí sus palabras:

"La Iglesia, que ha glorificado a este sacerdote admirable por el celo pastoral y por un deseo ininterrumpido de oración y penitencia, hoy, un siglo después de su muerte, tiene la alegría de presentarlo a los sacerdotes del mundo entero como modelo de ascesis sacerdotal, modelo de piedad y sobre todo de piedad eucarística, y modelo de celo pastoral" (57).

Creo que estas palabras del llamado "buen Papa Juan" son más que suficientes para penetrar el sentido profundamente espiritual de la

57) Juan XXIII; Ibidem; pág. 1263.

encíclica. ¿Cómo era, en realidad, San Juan María Bautista Vianney? ¿Tiene algo que ver con el cura contestatario y desobediente, murmurador de la Jerarquía, de mal hablar y de buen vivir? ¿Quizá con el soberbio que no admite órdenes superiores, con el que ha prescindido de todo signo externo que lo cualifique, con el que baila y asiste a las salas de fiesta, con el que se divierte mundanamente, con el mujeriego, con el que sirve de piedra de escándalo en aquella porción más piadosa y fervorosa de la grey de Cristo?

¿Cuántos cantos dirigidos al bondadoso Papa Juan no han sido más que otras tantas falsas caretas que han cubierto muchas vidas sacerdotales rotas! ¿Aprobaría el Papa Juan, autor de esta encíclica que hemos comentado, transverberada toda ella de espiritualidad, tanto redomado fariseísmo?

Pablo VI, por último, es el Vicario de Cristo que ha publicado el quinto gran documento sacerdotal a que hicimos referencia. En 24 de junio de 1967 aparecía la encíclica "Sacerdotalis coelibatus", ante el aplauso cordial del clero sano y la hosca mirada de los tráfugas. Pablo VI expone las razones que determinan a la Iglesia a mantener incommovible el celibato sacerdotal, frente a los que, sexualizados, quisieran suprimirlo.

A veces, sus palabras llegan a adquirir acentos patéticos, como en este pasaje: "El sacerdocio cristiano, que es nuevo, solamente puede ser comprendido a la luz de la novedad de Cristo, Pontífice Sumo y Eterno Sacerdote, que ha instituído el sacerdocio ministerial como real participación de su único sacerdocio. El ministro de Cristo y administrador de los misterios de Dios tiene, por consiguiente, en El también el modelo directo y el supremo ideal" (58).

Al final del documento, Pablo VI vuelve a hablar de las dolorosas deserciones y de los que son infieles a las obligaciones contraídas al tiempo de su consagración. Comprende la angustia de cada caso concreto. Amorosamente, como un buen padre distribuidor de bondades, les anuncia la concesión de las dispensas necesarias para que vivan como seglares cristianos y dignos.

¿Cómo ha respondido parte del clero a estas suaves reconvenciones y esperanzadoras promesas del Padre común? Con desprecio y con desplante. Con ánimo destructor del Pontificado. Con gesto de reto y mueca de amenaza.

No se van, no quieren marcharse humildemente: prefieren realizar la subversión desde

58) Pablo VI: Colección Ecclesia, número 53 de 1965; pág. 13.

dentro. Por eso se han reunido ya, en varios lugares y en diversas ocasiones, sacerdotes célibes, casados y en relaciones prematrimoniales, a concelebrar la Cena Eucarística, en demostración de que la palabra del Papa, la obediencia, la autoridad jerárquica, la simple decencia de la Iglesia, les tiene completamente sin cuidado.

A pesar, pues, de estos documentos esclarecedores, a pesar de cuanto el Concilio Vaticano II ha enseñado al respecto, los nuevos curas seguirán, con fingido interés, la busca y rebusca de la imagen modélica del sacerdote de hoy y del futuro. No importa, no, que la Iglesia haya hablado por la voz de su Jerarquía Suprema. No empece que Pedro, en el ejercicio vivo y operante del "Tu es Petrus" evangélico, haya definido lo que constituye la esencia medular del hombre ungido por Dios, y destinado, providencialmente, a su servicio.

Continuarán, a buen seguro, las reuniones nerviosas, los simposios impacientes, las jornadas de estudio apresuradas y jadeantes en busca siempre del perfil del nuevo cura... Perfil, por otra parte, descubierto hace ya casi dos mil años, como son viejas las herejías que por ahí bullen, revestidas de moderno ropaje y perifoneos dialécticos.

Sí, porque ese perfil sacerdotal, tan ansiosamente buscado, no es otro que el de Judas, el

discípulo que, decepcionado del auténtico reino mesiánico, que él creyó temporal siendo eterno, vendió a su Maestro por treinta monedas de plata...

— XVI —

El eximio poeta francés Ernesto Hello, en su obra "Fisonomías de los Santos", escribe:

"Uno de los grandes errores del mundo consiste en figurarse los santos como seres completamente extraños a la Humanidad, como figuras de cera vaciadas todas en el mismo molde; y este error es el que yo quiero principalmente desvanecer.

"El mundo sobrenatural, como el natural, contiene la unidad en la variedad; tal es el sentido de la palabra UNIVERSO" (59).

¡Los santos! En los momentos de aflicción que la Cristiandad padece; en esta congoja que

59) Hello, Ernesto: "Fisonomía de Santos". Editorial Difusión de Buenos Aires; pág. 8.

nos aprieta fuertemente el corazón; en esta agresión salvaje y sádica que las fuerzas del mal dirigen, cada minuto que pasa, contra la simple honradez natural, base y asiento de la gracia santificante, no hay mayor consuelo que levantar la mirada hacia los santos. Ellos, humanos, los más humanos de todos, a fuer de divinios, con el ejemplo limpio de sus vidas, serán nuestro consuelo y nuestra brújula más segura. Ellos vivieron intensamente análogos problemas que nosotros, porque no hay problema tan nuevo que deje de tener sus raíces más o menos clavadas en la entraña de un pretérito próximo o remoto.

La voz de los santos es siempre intemporal. El eco de la voz de San Antonio María Claret, el gran apóstol de Canarias, no se ha extinguido aún. Y nos habla, sí, desde el Concilio Vaticano I. El intervino activamente en la Congregación de 31 de mayo de 1870. Casi en vísperas de su muerte. Pronunció una alocución valiente, relampagueante, intuitiva, en pro del dogma de la Infallibilidad pontificia. Se lamenta, en sus comienzos, de ciertas palabras que se pronunciaron por algunos padres sinodales, imprudentes e injustas, sobre el tema, en el aula conciliar. Justifica su intervención, porque no quiere que su conciencia le acuse de negligente en el cumplimiento del deber; y recuerda la exclamación de Isaías: "¡Ay de mí que he callado!".

El discurso de Claret, expresivo y corto, es un testimonio palpitante de estilo paulino, que muestra a los creyentes las cicatrices de su cuerpo herido por predicar y defender intrépidamente la Verdad, la fe de Cristo.

El Papa es infalible... "¡Ojalá, pudiese yo —exclama el Padre Claret— en la confesión de esta verdad derramar toda mi sangre y sufrir la misma muerte!" (60).

La cálida voz de San Antonio María Claret resuena hoy, con el mismo timbre firme de entonces. Ella nos invita a la reflexión serena, a la meditación silenciosa. A inclinarnos, respetuosa y reverentemente, ante el "Tu es Petrus". A postrarnos, con humildad ante el Papa, Cabeza visible de la Iglesia. A vivir en el alma el clásico "sentire cum Ecclesia". A ser tanto más sinceros y cumplidores, cuanto mayores son las vandálicas arremetidas del enemigo contra la Suprema Cátedra y el Pastor Supremo que la rige...

¿Y por qué no? Junto al testimonio del santo, la razón sin prejuicios del erudito. El 28 de Octubre de 1971 el P. Henri de Lubac, jesuita, pronunció una magistral conferencia en el Cen-

60) Claret, San Antonio María: "Escritos autobiográficos y espirituales": B. A. C.; 1959; pág. 501.

tro de Estudios de San Luis de Francia, de la ciudad de Roma, precisamente sobre el Pontificado.

Lubac es un teólogo y un pensador de inmenso saber. Su obra es profunda y vasta. No es, ni mucho menos, un reaccionario. Es un hombre avanzado, super culto, pero seguro. Sabe lo que quiere, cómo lo debe querer y adónde ha de llegar en su labor científica e investigadora. Lubac, como no podía ser menos, afirma la singular prerrogativa del Papa dentro del Colegio Episcopal. Sus datos son abrumadores. Recojamos siquiera algunas de sus palabras aleccionadoras: "... para Pedro, y para aquel que le sucede, se trata de una prerrogativa singular, y que el desconocimiento de esta prerrogativa, independientemente del siglo y de la situación en que se vive, sería, en principio, la negación de la Iglesia, tal como Cristo la ha querido" (61).

Punto muy interesante. Para Lubac, el Romano Pontífice es la salvaguardia de la personalidad de las Iglesias locales, en contra de lo que opinan aquellos que acusan a Roma de centralismo egoísta. En coincidencia absoluta con nuestro Vázquez de Mella y dando una lección de buena hermenéutica a los frívolos intérpre-

61) Lubac, Henri: "Ecclesia" Número 1582 de 4 de Marzo de 1972.

es del progresismo, Lubac afirma: "Es, en primer lugar el Papado el que ha mantenido, en los primeros siglos de la que ha sido llamada con un simplismo extraño la era constantiniana, la independencia de la Iglesia y de su fe" (62).

Supongo que denominar "simplismo extraño" a las maquinaciones tortuosas y malintencionadas de los que intentan destruir la Iglesia, comenzando por desprestigiarla, adulterando, con deshonestidad, la verdad histórica, es un eufemismo caritativo del P. Henri de Lubac.

"Tu es Petrus", hemos de repetir sin cesar...

Escrituras. Tradición. Santidad. Historia. Ciencia. Peanas todas que sostienen el andamiaje, articulado y vivo, fresco y vigoroso, del "Tu es Petrus", pletórico de sentido.

Las Escrituras lo consignan y lo enseñan. La Tradición lo proclama y lo transmite. La Historia lo relata. La Santidad lo vive. La Ciencia lo razona. Y Pedro, sorteando todas las tempestades, desde su Cátedra Suprema, seguirá, hasta el fin de los tiempos, sin desmayos, en el ejercicio de su potestad transapostólica, de plena jurisdicción, soberana y universal, transmisora de la Verdad revelada, en su doble vertiente:

62) Lubac, Henri: *Ibidem*.

Magisterio extraordinario, infalible, al que debemos acatamiento ciego, sin la menor vacilación; y Magisterio ordinario, al que hemos de respetar, venerar, amar y seguir con prontitud y renovada esperanza...

Porque, una vez más, como ha dicho San Ambrosio, ya en el siglo IV de nuestra era, "Ubi Petrus, ibi Ecclesia".

29 - Junio - 1972

— FIN —

OBRAS DEL AUTOR

Versos (Cuadernillo). Las Palmas, 1945.

Trento y el positivismo jurídico. Prólogo de Fernando Martín - Sánchez Juliá. Las Palmas, 1947.

Memorias inéditas de un juez. Prólogo de Nicolás González Ruiz. Las Palmas, 1949.

Donoso Cortés en la problemática de la espiritualidad. Las Palmas, 1950.

La esencia de la libertad y los caminos de la represión según Donoso Cortés. Prólogo de Eugenio Vegas Latapié. Las Palmas, 1952.

Donoso Cortés; su sentido trascendente de la vida. Prólogo de José Pemartín. Madrid, 1953.

Unamuno, ¿guía o símbolo? Madrid, 1958.

Autoridad y totalitarismo. Madrid, 1963.

Palabra y testimonio del cristiano. Madrid, 1967.

Sentido religioso de la Historia de España. Madrid, 1969.

Sentido cristiano de la Historia. Madrid, 1969.

Algunos aspectos de la lucha por la Verdad. Madrid, 1972.